

Hacer de la seguridad una política permanente: imperativo nacional

Making Security a Permanent Policy a National Imperative



AUTOR

Álvaro Uribe Vélez
Presidente de la
República de Colombia

Palabras del
Presidente de Colombia,
Álvaro Uribe Vélez, durante el acto
de instalación del XXXVIII Congreso
Nacional de Cultivadores de Palma
de Aceite

23 de junio de 2010



Los gremios de Colombia son gremios de patriotismo. No se reducen a buscar reivindicaciones particulares del objeto de sus negocios, porque piensan siempre en los intereses superiores de la patria. Esa es la experiencia del trabajo vivida con Fedepalma en estos ocho años, por la cual debo expresarles toda mi gratitud.

Cualquier éxito obtenido en la patria durante los últimos años se les debe a las Fuerzas Armadas y a las gentes de trabajo de Colombia. Qué bueno que el país pueda contar con estas Fuerzas Armadas que día tras día entregan pruebas contundentes de su profesionalismo, de su heroísmo y de su capacidad para superar las dificultades y para sancionar las violaciones a los derechos humanos; y qué bueno que, al mismo tiempo, el país pueda contar con millones de ciudadanos dedicados al trabajo duro y honrado, como los que representa el gremio palmero.

Es difícil encontrar en muchas partes una actitud tan positiva como la que se encuentra en este Llano de la patria, que es el vivo reflejo de que hemos avanzado en el propósito de crear más confianza en Colombia. El progreso evidenciado en los cultivos, en las plantas industriales, en las instalaciones de recreación y de turismo, son expresión fehaciente de que se ha incrementado la confianza en Colombia.

Seguridad, inversión y política social

La confianza inversionista se ha venido trabajando basada en un triángulo que debería ser indestructible, cuyas aristas son la seguridad, la inversión y la política social.

En el país se han presentado cambios culturales positivos. Cuando yo era joven, era prácticamente imposible proponer el discurso de seguridad en el tema político. Se le rechazaba de inmediato, señalándolo como una apología a la dictadura. Hoy es todo lo opuesto: la inmensa mayoría de nuestros compatriotas reclama la seguridad como un valor democrático.

Cuando yo era joven, el discurso político estaba signado por el tema social, pero raras veces se preguntaba cuál era la fuente de recursos para atenderlo. Hoy existe una gran conciencia en las mayorías de nuestros compatriotas, que reclaman la inversión como esa fuente.

La seguridad

En 200 años de vida independiente, esta patria ha tenido escasos 47 años de paz.

Si se repasa la historia del siglo XIX, se encuentra apenas un corto lapso de paz que correspondió al Gobierno del presidente Núñez y que fue de prosperidad. En aquel entonces, en la Colombia Andina prosperó la agricultura, la caficultura, y en la Colombia Caribe lo hizo la industria.

Pero vino la guerra civil de 1895, que había sido antecedida por tres o cuatro guerras de la segunda mitad del siglo XIX, y cuando se firmaba la paz en 1902, se entraba en un nuevo período de tranquilidad, pero el país había quedado destruido. De hecho, uno de los generales que firmó aquellos acuerdos de paz en el último trimestre de 1902 dijo: “Hacemos la paz, no porque estemos convencidos de la paz, sino porque ya no hay nada por qué pelearnos: hemos destruido a Colombia”.

En efecto, al año siguiente vino la independencia de Panamá. Los historiadores imputan el hecho al interés económico de Estados Unidos, a la política del “gran garrote” del presidente Roosevelt, pero yo creo que hay otro elemento; nosotros descuidamos a “la joya de la corona”, que era Panamá. Vivimos mucho tiempo simplemente embelesados en nuestra propia violencia y los panameños se cansaron. Por eso, en

aquel noviembre de 1903, mientras el presidente Marroquín leía una novela en francés, el pueblo panameño producía un acta de independencia –por cierto bellísima–, en la cual señalaban que se independizaban como hermanos, porque habían llegado a la mayoría de edad y querían ejercerla.

El país, en medio de la depresión, tuvo unos años de relativa tranquilidad; sin embargo, más tarde, a comienzos de los años cuarenta, apareció de nuevo la violencia entre los partidos. Y cuando esa época llegaba a su final, gracias a los acuerdos del Frente Nacional suscritos por los presidentes Lleras Camargo y Laureano Gómez, Colombia era escogida por las guerrillas marxistas, triunfantes en la entonces reciente revolución cubana, para ser objetivo de réplica, junto con Bolivia. Fue entonces cuando empezó esa nueva violencia que produjo la reacción igualmente cruel del paramilitarismo. Guerrilla y paramilitarismo, ambos finalmente cooptados por el narcotráfico. Qué tristeza tener que reconocerlo, pero las generaciones vivas desde 1940 no han podido vivir un solo día de paz.

Y surge la pregunta de por qué Colombia no ha salido adelante del todo, a pesar de ser una nación con grandes atributos, y de tener gente de calidad humana excepcional, como la que conforma el sector palmero, al que percibí (cuando estábamos en la inauguración de esa gran planta de Manuelita en San Carlos de Guaroa), como una conjunción de acertada dirigencia empresarial, vocación investigativa y permeabilidad a la tecnología de vanguardia, y trabajadores comprometidos, todos con una gran mística.

Hace poco, en el Foro Económico Mundial, un médico estadounidense que iba a Cartagena y por primera vez pisaba suelo colombiano, me expresó que venía con la sensación, por la historia de violencia de Colombia, de que encontraría aquí un pueblo con individuos de ceño fruncido, con cara de mueca amarga y con ojos inyectados de odio; pero que encontró una nación desprevenida, unos ciudadanos amables, positivos y con gran calidez. Yo le dije: Ese es el pueblo colombiano, ese es su talante, ese es el gran capital social que tiene esta nación para salir adelante.

En el bicentenario de la Independencia que pronto estaremos celebrando escucharemos a historiadores, sociólogos y políticos referirse a nuestra patria. Yo creo que en su devenir ha incidido mucho la violencia. ¡Cuánto nos ha atrasado! Cuando empezó la Independencia, teníamos el mismo ingreso per cápita de



Estados Unidos, y cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, no estábamos en peores condiciones que los países asiáticos; pero ¡cuántas oportunidades nos hizo desperdiciar la violencia!

Los avances

Por eso, consolidar la seguridad, hacer de ella una política permanente, es un imperativo nacional. Hemos avanzado, indudablemente. Recuperamos dos monopolios que nunca debieron perderse: en primer lugar, el de las Fuerzas Armadas para combatir a los criminales. El país ha desmontado el paramilitarismo. (La palabra “paramilitar” se utilizó para denominar bandas privadas criminales, cuyo objetivo era combatir a la guerrilla). Hoy son las Fuerzas Armadas la única institución que combate todas las estructuras criminales. Ese ha sido un gran paso.

En segundo lugar, hemos recuperado el monopolio de la justicia: en muchas regiones colombianas, no obstante el carácter autónomo e independiente de la justicia, ella había sido desplazada por los cabecillas de los movimientos terroristas. Muchos jueces y fiscales no podían actuar. Hoy la justicia puede actuar en toda Colombia.

El país ha superado el temor a denunciar; en la actualidad los colombianos denuncian a los criminales. No se escapa cualquier violación de derechos humanos para ser denunciada. Antes, las víctimas no reclamaban por temor o porque les parecía inútil. Ahora tenemos registradas 380.000 víctimas que han presentado sus reclamos, y estamos en el proceso de la reparación administrativa; y aunque sabemos que no hay reparación total, también creemos que todo esfuerzo de reparación anula gérmenes de venganza y reacciones de odio. Sin duda la mejor reparación, la única que a la postre cuenta, es el derecho a que la historia no se repita. Nada ganamos si el país hace este gran esfuerzo de reparación administrativa y no garantiza a las nuevas generaciones el derecho a buscar que no se repita esta violencia.

Por otra parte, hemos avanzado cantidades en la recuperación de la descentralización: durante 150 años el país debatió la elección de alcaldes y la descentralización fiscal. Se avanzó significativamente con la reforma constitucional de 1968 del presidente Lleras Restrepo; en el gobierno del Presidente Betancur con las leyes 11 y 12; con el Acto Legislativo de Álvaro Gómez, y en la Administración Gaviria con la Constitución de 1991.

Cuando empezó nuestro Gobierno, 400 alcaldes de los 1.102 municipios de Colombia no podían ejercer sus funciones por las presiones del terrorismo. Nos habíamos gastado 150 años para incorporar la elección popular de alcaldes como una expresión de ampliación democrática, y la estábamos perdiendo por el avance del terrorismo.

Ya para entonces había comenzado, además, otra forma de corrupción: el asalto de los terroristas a las regalías, el asalto de los terroristas a los recursos de la salud, el asalto de los terroristas al sistema general de participaciones.

El principio del desquiciamiento del respeto de los colombianos al orden jurídico ha sido esa violencia, y el principio de la recuperación del concepto de la legalidad ha sido la política de seguridad democrática. Es bueno hacer esa reflexión, apreciados compatriotas.

La alegría que hoy expresan los colombianos demuestra algo bien importante: su triunfo sobre el embate del peor terrorismo del mundo reciente, un terrorismo inmensamente rico, que no depende de donaciones internacionales, sino de su propio negocio: el narcotráfico.

Hace diez años, unos analistas ingleses me confesaban sus temores si yo resultaba elegido Presidente de Colombia. Creían que para poder aplicar la política de seguridad propuesta, era necesario ir hacia una dictadura, lo que resultaría en extremo grave. Hoy reconocen que cumplimos la palabra, y que estos años han sido estrictos en materias de seguridad y de respeto a las libertades.

En otros países, en nombre de la seguridad se suprimieron libertades, se censuró la prensa, se

**Nada ganamos
si el país hace
este gran
esfuerzo de
reparación
administrativa y
no garantiza a
las nuevas
generaciones el
derecho a buscar
que no se repita
esta violencia.**

afectó el pluralismo. Colombia, con esta política de seguridad, ha venido recuperando libertades, que no se habían perdido por obra de los gobiernos –todos respetuosos de la democracia–, pero sí por el avance del terrorismo.

Y uno empieza a encontrarle derivaciones a esta política. Hoy en todas las regiones de Colombia los ciudadanos cuentan que ya no se siente la presión del narcotráfico para apoderarse de la propiedad rural, una tendencia que fue tan dañina para la patria. Lo que hemos hecho parte de la recuperación de un principio

Podemos mirar tranquilos a la comunidad nacional e internacional, porque hemos procedido con transparencia y sin vacilaciones.

muy importante, como es el respeto a la Ley. A ello se han sumado las reformas a las leyes de extinción del dominio y de estupefacientes.

La primera ha posibilitado recuperar tierras para fines sociales y productivos del país. Un intento inicial en ese sentido, dirigido por el ex ministro

Fernando Londoño Hoyos, fue un gran paso. Sin embargo, tenía un problema y era que obligaba hacer notificación personal previa al inicio del proceso de extinción de dominio, lo que a final de cuentas resultaba dilatándolo. Esta dificultad ya está superada.

En efecto, hace muy poco, solo tres días antes de elegir al nuevo Presidente de Colombia, en un hecho sin precedentes el Congreso de la República aprobó una legislación muy importante. Tal acción honra esta democracia que primó la responsabilidad sobre el cálculo electoral.

Además de ajustar los tributos sobre la cerveza, los licores, los cigarrillos y los juegos, para aumentar los recursos con destino a la salud, aprobó el cobro del arancel judicial, con el fin de financiar a la justicia, e introdujo mecanismos de descongestión judicial para agilizarla, como que en adelante los procesos de extinción del dominio no requieren la notificación personal (basta con la hecha por edicto).

Un ejército de cooperantes

En un país que tanto ha sufrido los problemas de la guerrilla, el narcotráfico y el paramilitarismo, las Fuerzas Armadas son la única esperanza. Es bueno insistir en que ellas tienen dos merecimientos: su heroísmo y su depuración gallarda y determinante. No han vacilado a la hora de tomar las decisiones necesarias para sancionar violaciones de derechos humanos. Hoy merecen el aplauso, la confianza, el acompañamiento de toda la Nación.

La seguridad reposa en su determinación, y en la del pueblo, ajustada siempre a la Constitución. Porque, en un país de geografía accidentada, de 1.160.000 kilómetros cuadrados, de los cuales 600.000 son de selva (a propósito la gran reserva para contribuir en la lucha contra el calentamiento global), las Fuerzas Armadas no pueden trabajar solas. Necesitan del acompañamiento de los ciudadanos.

Todo establecimiento de comercio, toda explotación rural debe tener ciudadanos comprometidos con las Fuerzas Armadas como cooperantes. Un ejército de cooperantes, que no necesita sino dos armas: buena voluntad y un teléfono celular o un radio de comunicaciones. Imposible hablar del Estado social de derecho, si no hay un compromiso de cada ser humano de la patria con las Fuerzas Armadas para ayudarles a proteger ese bien colectivo que son el derecho a la seguridad y el derecho a la vida de todos los ciudadanos.

Y sectores tan importantes como el palmicultor, que este año tendrá bajo sus ojos 400.000 hectáreas sembradas en la promisorio palma de aceite, están llamados a dar ejemplo en ese propósito de integración con las Fuerzas Armadas.

Por ejemplo, en aspectos como el contrabando. Cuando escucho quejas de que todavía sigue presentándose esa forma de violar el ordenamiento jurídico, invito a los denunciantes a que mantengan una tarea de coordinación permanente con la Policía Fiscal Aduanera. Esa labor tiene que ser conjunta y de todos los días, para poder recuperar el principio de legalidad. Hay que estar acompañando a las autoridades.

En este Gobierno no vacilamos en hacer cumplir la Ley. Así, cuando se encontraron esos fenómenos irregulares de Curvaradó y Jiguamiandó, en cumplimiento de la ley 70 se hicieron todos los trámites en las Oficinas de Registro, en la Superintendencia de



Notariado y Registro. Se anularon las transacciones, los protocolos escriturarios y los registros.

Estamos pendientes de que la honorable Corte Constitucional nos autorice un secuestre, para proceder a hacer la devolución material de esas tierras. Sobre todos estos temas podemos mirar tranquilos a la comunidad nacional e internacional, porque hemos procedido con transparencia y sin vacilaciones. Eso sí, es de suma importancia que la Corte Constitucional nos ayude con ese secuestre, y que haya un buen acuerdo con empresarios palmeros de toda la estatura moral y ética y, por supuesto, técnica y científica, para que las comunidades de compatriotas afro colombianos a quienes pertenecen esos terrenos no vayan a perder los cultivos que allí se hicieron.

En la tarea que sigue, hay que mantener el gran reclamo por la seguridad. Algunos compatriotas me dicen: Presidente, hemos mejorado. Sin embargo, hay mucha queja por la seguridad urbana. A mí me parece bien que las haya; la idea es proteger la actitud ciudadana exigente, que en todo momento requiera el mejoramiento de la seguridad; ello también habla bien de Colombia; significa que hemos evolucionado favorablemente.

Hace ocho años, cuando no se podía viajar en carro de Bogotá a Villavicencio, por los secuestros en esa carretera, era imposible pensar en estar a esta hora en Restrepo.

¿Quién iba a protestar por un robo urbano en un país asolado por las masacres, por los secuestros colectivos, por los carros bomba? A mí me parece bien que hoy los colombianos protesten cuando se presenta el robo callejero en las grandes urbes, el asalto al apartamento, el robo en el establecimiento de comercio...

Hay que dejar para el recuerdo aquellos puentes festivos de finales de 2002, cuando los colombianos, gracias al volcamiento de la Fuerza Pública a las carreteras, pudieron volver a desplazarse, recuperar la libertad de locomoción.

Un buen cineasta haría un largometraje mostrando aquello como la liberación de un secuestro de 45 millones de ciudadanos.

Eso hay que consolidarlo. Hay que llegar en la seguridad a atender todos los detalles, todo aquello que incomoda al ciudadano colombiano. La seguridad tiene que ser una escalera en la cual solamente se permita ascender, semejante a lo que se dice sobre el tema de la satisfacción de las necesidades básicas.

La inversión y la política social

Al respecto de la inversión, que este Gobierno ha venido apoyando, vale la pena hacer algunas referencias.

En Latinoamérica son cuatro las actitudes que los gobiernos asumen frente a ella, las cuales responden a conceptos políticos. Y así debe ser, porque, en el pasado, la inversión no avanzaba debido a que se quedaba en los aspectos técnicos y se perdía de vista lo político.

En primer lugar, hay gobiernos abiertamente destructores de la inversión, y cuando ésta se destruye, no solo se acaba la calidad de vida, sino que además se desperdician los recursos de investigación.

En segundo lugar, hay gobiernos que, si bien no son enemigos de la inversión, e incluso la permiten, no la defienden como se requeriría.

En tercer lugar, en Latinoamérica, incluida Colombia, ha habido gobiernos que apoyan la inversión, pero no institucionalmente; su apoyo se limita en exclusiva al criterio personal: a mi amigo lo protejo; pero a mi enemigo lo expropio o no lo apoyo.

En cuarto lugar se encuentra la actitud asumida por Colombia. Este gobierno ha creído en la inversión, la ha defendido y la ha promovido. Este gobierno cree en la inversión social y ha tenido con ella una aproximación institucional, impersonal, libre de intereses personales.

La inversión es necesaria para superar la pobreza, para generar empleo de buena calidad. Cuando muchos compatriotas me preguntan: ¿por qué no descienden suficientemente el desempleo o la pobreza, si ya llevamos cuatro años de alta inversión, si el año pasado, en medio de la crisis, Colombia tuvo la más alta inversión de Latinoamérica? Yo les respondo que apenas estamos empezando, y que cuando veníamos muy bien, se nos atravesaron las crisis de la economía internacional y la particular con Venezuela. Sin embargo, nos hemos defendido; Colombia está saliendo con celeridad de las dificultades. Inclusive ya los economistas empiezan a aceptar en voz baja que este año la recuperación de la economía puede ser más veloz de lo que se esperaba.

El año pasado la pobreza en Latinoamérica aumentó y en Colombia disminuyó levemente, a pesar de la crisis. En crisis anteriores, descendía la economía. El año pasado evitamos que eso pasara: creció un modesto 0,4.

Déficit fiscal

Yo les decía a algunos alcaldes del Meta, en San Carlos de Guaroa, que, aunque no a los niveles en los que lo recibimos, el déficit fiscal se volvió a incrementar. La razón: el recaudo estuvo por debajo de lo esperado; sin embargo, les cumplimos a las alcaldías y a las gobernaciones, les cumplimos a la política social, a la seguridad, a la educación y a la salud.

El nuevo gobierno recibe un país todavía con déficit, pero en mejores condiciones para superar el problema, como que hay una economía en recuperación y una gran confianza de inversión.

El Gobierno que presido ha reformado 465 empresas del Estado y ha desmontado el subsidio a los combustibles. ¿Qué sería del déficit colombiano si no hubiéramos actuado de esa manera? ¿Qué hubiera pasado si hubiésemos mantenido al Inurbe?, ¿si no hubiéramos reformado las clínicas del Seguro Social?, ¿si no hubiéramos reformado Telecom?... Tales actuaciones han sido una gran lucha contra la corrupción y la politiquería, que las había en todas esas empresas, y a las que hemos enfrentado sin vacilaciones.

Una política transparente

Cuando se hable del tema de la transparencia, habrá que recordar que este Gobierno eliminó todos los auxilios parlamentarios e introdujo la meritocracia. Temo fenómenos del pasado, cuando se “colincharon” el Ejecutivo y el Legislativo alrededor de ellos, de nombramientos y de contratos, y los dos terminaron desacreditados ante la opinión pública.

La gobernabilidad que este Gobierno ha podido tener con el Congreso, el cual ha aprobado una buena agenda legislativa, como ustedes lo reconocen, ha nacido de nuestro constante trabajo con la ciudadanía. Esta no ha sido una gobernabilidad de compinches entre el Ejecutivo y el Congreso, en contra de los intereses ciudadanos. Esta gobernabilidad ha nacido de un Gobierno que ha estado interpretando permanentemente el sentir ciudadano, trabajando con la ciudadanía, en un diálogo intenso. Y trabajando con ese Congreso para interpretar ese sentir ciudadano.

La política social tiene que ser el resultado de la combinación de la seguridad y de la inversión, y al mismo tiempo convertirse en el único factor que legitima la democracia y justifica en la conciencia popular la persistencia en las políticas de seguridad y de inversión.

Incentivos

Con estoicismo, mis compatriotas han resistido en estos años la elevación del precio de los combustibles. Eso nos ha permitido mostrar un horizonte más manejable. ¿Qué sería de Colombia si este Gobierno no hubiera desmontado el subsidio a los combustibles, que hoy estaría costando US\$3.000 millones?

Por supuesto se han hecho reformas importantes, como la de incentivos. En un país que apenas está empezando a ser atractivo en materia de inversión, sí que es necesario mantener estos incentivos. Revisarlos para los sectores que ya estén fuertes, como el petróleo, el carbón y la minería, y reforzarlos en otros sectores que realmente los necesitan.

En este departamento del Meta uno encuentra la seguridad democrática y los incentivos por toda parte. Llego a San Carlos de Guaroa y me dicen: “Aquí no podíamos entrar, era imposible venir” y, enseguida, me muestran la planta de Manuelita, que se pudo hacer por la deducción del 40%, y luego me cuentan que la ampliación de los cultivos pudo lograrse por los recursos del incentivo a la capitalización rural (ICR) en la Ley Agro Ingreso Seguro y también por la exención tributaria de impuesto de renta en los primeros diez años del ciclo productivo...

Y llegamos a este bellissimo hotel, de una industria cuyo crecimiento también está asociado a la seguridad democrática y a los incentivos. En este Gobierno, Colombia ha construido 17.000 habitaciones hoteleras, gracias a la seguridad democrática, gracias a que se ha promovido el turismo, gracias a que un hotel nuevo que se construye en Colombia como éste, tiene hoy 30 años de exención del impuesto de renta y también cuenta con un acuerdo de garantía de estabilidad de reglas de juego.

Ahora bien. A todo esto hay que darle tiempo; los chinos llevan un largo período registrando altas tasas de inversión, y apenas han reivindicado la pobreza a 400 millones de 1.300 millones de ciudadanos.

Hay que perseverar, apreciados compatriotas. Yo tengo fe en que vamos a ir superando los altos niveles de desempleo, informalidad y pobreza. Pero si uno le pregunta al más docto de los doctores de la economía o al menos ilustrado de los hombres de sentido común del campesinado, si un país puede generar empleos y superar la pobreza sin inversión, ambos contestan que no.



Hace poco, un empresario chino me decía que él tiene la fábrica más grande de confites del mundo, allá en esa gran nación; que quiere poner una sucursal en América, que nunca había pensado en Colombia, pero que ahora está muy entusiasmado considerándola.

Ayer, cuando nos daban la buena noticia de la aprobación del TLC con Canadá, alguien me decía: “Bueno... pero otro país no ha aprobado el TLC”. Yo le replicaba que las cosas ya comenzaron a cambiar. Ahora la niña bonita es Colombia; ahora Colombia tiene muchos pretendientes que se la disputan; y una niña bonita con muchos pretendientes tiene derecho a escoger. Y eso hay que cuidarlo con dedicación y trabajo, con seguridad e inversión...

Por eso yo les digo a mis compañeros de Gobierno: hay que dar ejemplo de trabajo hasta el 7 de agosto a las 3 de la tarde. En el calendario nuestro, en estos ocho años se acabaron los lunes festivos, las vacaciones, las horas extras. Se acabaron los recargos y, como el 8 de agosto es domingo, ya habrá tiempo de descansar. La patria necesita un esfuerzo denodado de todas las horas.

Innovación productiva para conquistar mercados

Ahora sí hay seguridad; sí hay promoción de la inversión. Hay que buscar acceso a mercados. Es importante que el Gobierno, incluido el Ministerio de Minas y Energía, siga buscando cómo incrementar el mercado nacional de biocombustibles.

Las fábricas de motores de vehículos no han sido suficientemente solidarias. Los ensayos realizados demuestran que es posible trabajar con mezclas superiores, y el país tiene que hacerlo, además, por supuesto, de buscar mercados externos.

Por eso, este Gobierno ha querido hacer el tránsito de aquella apertura unilateral, en la cual abrimos nuestro mercado, a un acceso a mercados, que es la actual política. Y practicarla requiere muchas dosis de innovación productiva.

Porque la conquista de los mercados tiene que hacerse con biocombustibles, con alimentos procesados, con alimentos ecológicos, con medicamentos y cosméticos a base de materias naturales. En fin, con productos de alto valor agregado. Y Colombia tiene con qué.

Cuando se mira por ejemplo en el piedemonte de Restrepo hacia el Oriente colombiano, hay que pensar en esto: es cierto que tenemos 460.000 kiló-

metros de selva, de los 600.000 de Colombia, pero también lo es que tenemos 180.000 kilómetros de Sabana, con posibilidades para hacer desde ahí la gran revolución de biocombustibles y garantizar la seguridad alimentaria. Para ello esta patria nuestra no tiene que afectar la selva, porque protegerla es nuestra principal contribución a la política contra el calentamiento global.

La innovación requiere una permanente revolución educativa. Es lo único que la sustenta. De ahí la justa aspiración de los palmicultores de seguir en todo ese proceso de investigación científica. El Gobierno ha fortalecido a Colciencias, no hay duda. Este año, en medio de las restricciones fiscales, esa entidad tiene el ma-

mayor presupuesto de la historia. El país está avanzando en eso. El presidente electo, Juan Manuel Santos, ha propuesto inclusive que se dedique mínimo el 10% de las regalías a los procesos de ciencia y tecnología. El ex ministro de Agricultura

y Desarrollo Rural, Andrés Felipe Arias, introdujo unas sumas bien importantes para investigación en la Ley de Agro Ingreso Seguro. Eso tiene que ayudar a mantener ese proceso investigativo hacia arriba. De esa manera el sector palmero podrá superar dificultades como la pudrición del cogollo, y obtener variedades más resistentes y de mayor productividad.

El Gobierno está tan comprometido con la educación, tan convencido de que ella sustenta la gran innovación productiva, que ha procurado tener una sola persona al frente de la cartera correspondiente durante estos ocho años. Se trata de una ministra de excelentes condiciones, con un gran equipo blindado contra la politiquería. Decirlo resulta relevante, si se toma en cuenta que en 100 años Colombia tuvo 120 ministros de Educación. Algo similar hemos hecho en el SENA.

Ahora sí hay
seguridad;
sí hay
promoción
de la inversión.
Hay que
buscar acceso a
mercados.

Infraestructura y regalías

Nos hace falta mucha infraestructura, pero hemos avanzado. Este Gobierno pudo entregar la concesión de la vía al Llano. Faltaban \$60.000 millones y ahora hay financiados \$1.800 para construir la doble calzada. Estamos concluyendo una obra de 235 kilómetros de Fuentedeoro a San José del Guaviare, que está entregando 800.000 hectáreas para la expansión de la agricultura en el Llano, en el piedemonte y en las sabanas de la altillanura, sin destruir la selva. Hicimos la carretera de Gaitán a Puerto López. En los próximos días se instalarán los peajes para poderle entregar a la concesión, a fin de que no se deteriore. Estamos haciendo la carretera alterna al Llano (que baja a San Luís de Gaceno, por el Sisga), y también la que va de Sogamoso a Cusiana.

Esas sumas y esos kilómetros son mucho para los presupuestos, y el Gobierno lo ve como algo muy grande. Pero sabemos que es poco para las necesidades de esta tierra. Hay que pensar en esos 600 kilómetros de carretera que faltan entre Puerto Gaitán y Puerto Carreño. Hemos hecho apenas las primeras obras para la navegabilidad del río Meta. Falta mucho, pero también hay que pensar que este departamento solito, en no mucho tiempo va a producir 500.000 barriles de petróleo.

¡Qué cosa tan importante!: con 90.000 kilómetros de terreno, 100% útil. Yo les decía esta tarde en San Carlos de Guaroa, que ojalá aquí en el Meta tengamos un Singapur grande, para que los ciudadanos de Colombia, los estudiantes, no tengan que ir a la isla del Pacífico, sino venir aquí, donde están todas las condiciones.

Por supuesto compartimos la preocupación de ustedes. Colombia puede tener este año más o menos entre US\$10.500 y US\$11.000 millones de inversión extranjera directa. Era un país de inversión ocasional, de negocios de ocasión. Hoy hay regularidad en la inversión. Hoy brincan los dólares en el mercado internacional, con permanentes ganas de venirse a Colombia. Y eso también nos crea problemas de revaluación. Y si vemos lo que ha pasado con la regalías, hay preocupaciones. Cuando empezaron, las regalías de los departamentos y de los municipios valían \$1,8 billones. Hoy valen 4, pero van a saltar a 12.

Este Gobierno ha fracasado en una propuesta (en la cual vamos a insistir ante el Congreso el 20

de julio, de acuerdo con el equipo económico del nuevo Gobierno), para congelar las regalías en pesos constantes.

Creemos que es posible acordar con gobernadores y alcaldes, con los congresistas de estas tierras, que los recursos provenientes de las regalías se congelen en pesos constantes y que los excedentes vayan a unas cuentas de ahorros para preservar los intereses de las generaciones por venir, y para garantizar el crecimiento equilibrado de todos los sectores de la economía.

Política de políticas

Hace algunas semanas, un taxista al que saludé en una calle de Cartagena, donde me encontraba asistiendo al Foro Económico Mundial, me dijo: Presidente, seguridad democrática; Presidente, confianza inversionista; Presidente, cohesión social. Sorprendido, le pregunté dónde había aprendido eso, y me contestó: “Se lo oigo referir a usted todos los días”.

¡Qué bueno! Porque esa es la política de las políticas. Hay que inculcar en el corazón del pueblo unas convicciones profundas y simples, sacarlas adelante y luchar por ellas.

Uno de mis profesores enseñaba: definan el rumbo y las políticas, enmárquelas en un camino y hagan ajustes, pero no se salgan de ahí. Ese es el mejoramiento continuo.

Por último, en nombre de mis compañeros y del mío propio quiero agradecer al gremio palmero el habernos brindado la posibilidad de haber trabajado con él estos años. La agremiación que ustedes han construido es motivo de esperanza para a la patria. Nos habría gustado haber llegado a contar 600.000 hectáreas de palma en Colombia. Pero cuando estábamos cerca de pasar las 400.000, se nos atravesó la crisis; se nos atravesó la preocupación con Venezuela; se nos atravesó la pudrición del cogollo. Pero ustedes todos los días están más fuertes y tienen una responsabilidad muy grande.

El país tiene mucho más confianza en mayores áreas aptas para la palma de aceite. Yo veo el sur de Bolívar, las estribaciones de San Lucas. Allí hace ocho años solo había guerrilla, paramilitares y coca. Hoy hay cerca de 22.000 hectáreas de palma. ¡Que problema tan grande tienen ustedes! Porque en casi



todas las regiones de Colombia hay condiciones para sembrarla, y la ciudadanía lo sabe. Por eso yo los invito a pensar, no en 400.000 o 600.000, sino en millones de hectáreas de palma. Colombia puede, tiene las tierras, hay con quién. Ustedes son los empresarios y muchos colombianos quieren asociarse con ustedes todos los días. ¡Ánimo!

Muchas gracias. Ustedes ayudan a sacar a la patria adelante. Siempre adelante. En la tarde del próximo 7 de agosto, cuando regrese a ese bello oficio de simple ciudadano de Colombia, tendré una inmensa gratitud con ustedes. Los seguiré mirando con admiración y siempre con la esperanza de que sigan contribuyendo al bienestar de los colombianos.